

¿Otra vez la guerra fría?

Rusia, como heredera de la Unión Soviética, conserva los reflejos de gran potencia, aunque en la escena mundial tenga muy limitado el ejercicio del poder político, militar y económico que correspondieron antes a la potencia que fue. Tanto el gobierno como una buena parte de los ciudadanos padecen una especie de sentimiento de humillación nacional que se une a la perplejidad de experimentar que la pérdida de peso internacional ha coincidido precisamente con el proceso de instauración de las libertades. Fruto de esta frustración nacional son algunas amenazas, por el momento sólo verbales, en las que los líderes rusos aluden a su todavía poderosísimo arsenal nuclear, a la ventaja geopolítica que, respecto a Occidente, da a Rusia su dilatado territorio, a sus inmensos yacimientos de gas y petróleo como llaves de la amistad o de la enemistad con Occidente. En todo este alarde verbal subyace el profundo rechazo a la imagen monopolar del mundo que, bajo el liderazgo de EE UU, ha reemplazado al mundo bipolar anterior a la desintegración del bloque comunista.

La disolución de la URSS

En 1985, sesenta y ocho años después de que la revolución comunista de 1917 instaurara el régimen soviético, la URSS parecía absolutamente inmovible en sus estructuras interiores y en sus relaciones exteriores. Sólo diez años después, apenas quedaba nada de sus estructuras interiores y las relaciones exteriores se habían modificado radicalmente. Todo este cambio comenzó con la apertura

política y económica (*perestroika*) bajo la presidencia de **Mijail Gorbachov**. El personaje, hoy relegado al olvido, fue primero secretario general del Partido Comunista Soviético (PCUS), desde 1985 hasta 1989, y presidente de la URSS después, desde 1989 a 1991, en unos tiempos en los que la Unión Soviética caminaba irremisiblemente hacia su disolución, a pesar de las engañosas apariencias de solidez. La *perestroika* pretendía sacar a la economía soviética del caos y el anquilosamiento en el que estaba sumida, introduciendo paulatinamente la libertad de empresa y de mercado frente al férreo control y la planificación central que caracterizaba el régimen soviético. Pero fracasó por la resistencia de los nostálgicos del comunismo y por los abusos y corrupción de los advenedizos. Gorbachov, en un intento desesperado de salvar los muebles, convocó en el mes de marzo de 1991 un referéndum sobre la continuidad de la URSS y una amplia mayoría (78 %) aprobó la permanencia del estado multinacional soviético. Pero este resultado no era sino una más de las apariencias engañosas: la URSS era más fachada que realidad. En realidad se estaba disolviendo por dentro.

Concedor de las ideas reformistas de un político emergente, **Boris Yeltsin**, a la sazón secretario del PCUS en una provincia lejana, consideró que tenía en él un aliado potencial para la *perestroika* y, en 1985, cuando accedió a la secretaría general del partido, promovió a Yeltsin primero como dirigente del PCUS de Moscú y, luego, como miembro del *politburó*. El ascenso de Yeltsin fue decisivo para la culminación del proceso de disolución de la URSS. Pronto el protegido de Gorbachov desbordó los planes del protector. Gorbachov lo apartó de sus cargos, pero Yeltsin era ya demasiado fuerte, se manifestaba abiertamente contra la dictadura comunista y desafiaba a Gorbachov cuyas reformas tildaba de insuficientes.

En 1990, Yeltsin era elegido presidente de la República Federativa de Rusia, la mayor y más prestigiosa de la Unión. Tras ganar ampliamente las elecciones directas que convocó, se consideró democráticamente legitimado y proclamó un cambio radical, cuyo alcance desbordaba Rusia para afectar a toda la URSS, puesto que se basaba en la economía de mercado, proscrita por el comunismo soviético, y en la autonomía de las Repúblicas con respecto al poder central de la Unión, lo que destruía el centralismo consustancial al comunismo de Estado. En agosto de 1991 estalló un golpe de Estado militar, promovido por los comunistas conservadores, contra el gobierno reformista de Gorbachov; éste quedó retenido en una casa de recreo en la costa del mar Negro, mientras era Yeltsin quien hacía frente a los golpistas en Moscú.

Yeltsin puso rápidamente en marcha su proyecto político. Reunidos en Beloveschkaya–Pucha (parque natural de Bielorrusia) los presidentes de las tres repúblicas eslavas (Rusia, Bielorrusia y Ucrania), en uso de su «soberana autonomía», declararon su independencia de la URSS e invitaron a las otras repúblicas soviéticas a andar por separado dentro de una inconcreta *Comunidad*

¿Otra vez la guerra fría?

de *Estados Independientes* (CEI). El acuerdo de Beloveschkaya constituyó el fin real de la Unión Soviética, fin que fue vivido dramáticamente por muchas de las repúblicas asiáticas integrantes de la Unión. Sin embargo, la disolución oficial de la URSS se produjo el 25 de diciembre de 1991.

Yeltsin, y él cuidó mucho de no contradecirlo, apareció ante Occidente como un entusiasta defensor de las libertades políticas y económicas, y a la vez como el hombre autoritario que se necesitaba en una transición tan radical. Simultáneamente, frente a los añorantes del pasado, aparecía como la mano dura que podía rescatar a Rusia de la postración a la que la conducía Gorbachov.

La Rusia de Yeltsin

Yeltsin era consciente de que el mayor peligro para la democracia y la estabilidad rusa procedía del interior. Por eso reforzó todas las alianzas con el exterior y particularmente la presencia rusa en las grandes instituciones hasta entonces vedadas a la URSS. Apoyado por varios gobiernos occidentales, y siguiendo las directrices del *Banco Mundial* y del *Fondo Monetario Internacional*, Rusia vivió el proceso de privatizaciones más gigantesco y rápido de toda la historia. Para el presidente Yeltsin el peligro de involución comunista seguía siendo la principal amenaza tanto para las libertades como para la independencia de Rusia. Le confirmó en este temor el considerable volumen del voto negativo, propugnado por los comunistas, en el referéndum constitucional de diciembre de 1993. Este temor y la dificultad para controlar el parlamento (*Duma*) influyeron poderosamente en el creciente acercamiento de Yeltsin a las democracias occidentales, las únicas que, en caso de emergencia, podrían salvarlo.

Desde el exterior, la diplomacia occidental aprovechó esta predisposición del presidente ruso y le ofreció discretamente todo tipo de apoyos. Disuelto el *Pacto de Varsovia*, bloque militar que englobaba a Rusia y las democracias populares de Europa Oriental, y caído el llamado *telón de acero*, pareció a muchos que su homóloga alianza occidental (OTAN) debiera también desaparecer. Pero triunfó la tesis de quienes prefirieron mantenerla. Yeltsin vio en la OTAN la única plataforma militar desde la que Rusia podría seguir jugando un papel decisivo en la geopolítica mundial y también, en caso extremo, como una coraza contra eventuales ataques de terceros e incluso contra la temida involución interior.

El enfrentamiento entre Yeltsin y el parlamento culminaría con la crisis constitucional de octubre. Ésta llegó a su punto crítico cuando, el 3 de octubre, Yeltsin mandó los tanques a bombardear el parlamento. Tras este paso trascendente e inconstitucional, Yeltsin dispuso de entera libertad para imponer una constitución con fuertes poderes presidenciales, que fue aprobada en referéndum en diciembre de 1993. La doctrina defensiva de Yeltsin no preveía

tanto un enemigo europeo o americano cuanto uno interior o exterior asiático. La OTAN no era enemiga, sino protectora de Rusia y de las antiguas repúblicas populares de Europa del Este. Para Yeltsin la OTAN representaba algo inseparable de la Unión Europea y de la OSCE (*Organización de la Seguridad Común Europea*). Si Rusia aspiraba a entrar un DIA en la UE, no había razones para rechazar su pertenencia a la política de prestigio internacional y una acentuada nostalgia de la gran potencia que Rusia fue. De hecho, durante la presidencia de Yeltsin las tropas rusas participaron, bajo mandos de la OTAN, en las guerras de la ex Yugoslavia y el gobierno ruso aceptó la presencia de soldados de la OTAN en Moldavia. Sólo antes de las elecciones de 1996, y por motivos electorales, Yeltsin elevó sus protestas contra la entrada en la OTAN de las antiguas democracias populares.

La Rusia de Putin

En agosto de 1999, Yeltsin, cuya salud era cada vez más frágil, nombró primer ministro a **Vladimir Putin** y en diciembre, dentro del su discurso de fin de año, anunció su dimisión y propuso como sucesor suyo en la jefatura del Estado y de las Fuerzas Armadas a Vladimir Putin, ex alto funcionario del KGB (*Comisariado para la seguridad del Estado*). Las elecciones del año siguiente ratificaron el testamento político de Yeltsin y Putin fue investido presidente de Rusia. Comenzaba así la «era Putin», que ha marcado durante ocho años las nuevas líneas de presencia rusa en la escena política mundial.

Putin es un mandatario ruso muy atípico, casi el antitipo de Yeltsin y sus predecesores: joven (nació en 1952), abstemio (nunca bebe alcohol), deportista (practica lucha rusa, judo, tenis y esquí), y, sobre todo, un intelectual (su tesis doctoral versó sobre la política de EE UU en África) y, además de ruso, habla fluidamente inglés y alemán. Su administración ha desarrollado una política de acercamiento a Europa, en particular a Francia y Alemania, con cuya relación cree poder amortiguar la hegemonía de EE UU en el mundo posterior a la disolución de la URSS. En 2007 Putin fue elegido personaje del año por la revista *Time*, entre otros méritos «por ejercer un fuerte liderazgo capaz de recibir un país en descomposición y conducirlo a la estabilidad». Fue propuesto también para el Premio Nóbel de la Paz por el Centro Internacional de Investigación en Biocombustibles con sede en Zurich «por sus iniciativas para el desarrollo de nuevas fuentes de energía».

Al lado de estos elementos positivos hacia el interior, Putin se ha excedido en la represión de los rebeldes de las repúblicas del Cáucaso y no ha vacilado en utilizar la fuerza armada para reducir a los terroristas chechenios que ocuparon un teatro de Moscú y una escuela de Osetia del Norte, provocando en ambos casos, junto a la muerte de los terroristas, la de muchos rehenes inocentes.

¿Otra vez la guerra fría?

La era Putin continúa con su sucesor **Dimitri Medvedev**, que pertenece, como él, al llamado *Clan de San Petersburgo*, grupo de influyentes político, amigos entre sí, que proceden de esa ciudad y que tienen en común el haber ejercido funciones directivas en el régimen anterior y trabajar por el prestigio internacional de la Rusia actual. La era Putin continúa, no sólo porque Medvedev es su prolongación, sino porque él mismo va a ejercer como primer ministro. Según unas recientes declaraciones, Medvedev, como presidente, llevará la política exterior, y Putin, como Primer ministro, llevará la política interior.

Desde el principio de su mandato Putin ha mostrado una gran independencia frente a todo: no se ha inmutado ni ante las críticas ni ante los halagos de la prensa occidental hacia el exterior. Tampoco ha desaprovechado ninguna ocasión para reivindicar un mayor peso de Rusia en la geopolítica mundial y para denunciar el excesivo poder sin contrapeso de los EE UU. Las cumbres del G-8, en las que Rusia participa desde 1998, han sido los escenarios preferidos para formular estas demandas y denuncias. Sobre todo en las cumbres de Budapest (2002) y de San Petersburgo (2007) Putin fijó claramente sus posiciones.

Considera que el mundo unipolar comandado por EE UU, además de injusto, perjudica los intereses de Rusia. La OTAN fue durante la guerra fría el principal instrumento de los EE UU contra la URSS y todo indica que EE UU la sigue utilizando contra Rusia. Por eso, la entrada en la OTAN de las antiguas repúblicas del Este y el despliegue sobre su territorio del escudo antimisiles norteamericano es considerado por Rusia como una agresión y una amenaza para su seguridad. En caso de que esta amenaza llegara a representar un peligro para la propia existencia de Rusia como nación, Moscú se reserva el derecho a defenderse con todas las armas de que dispone, sin excluir ninguna de ellas, por tanto tampoco las nucleares. En resumen: «Rusia se siente amenazada, esta amenaza es una injusta agresión y, por consiguiente, Rusia está legitimada para ejercer su derecho de defensa en proporción a la amenaza».

El gas y el petróleo, fuentes energéticas de las que Rusia es uno de los principales productores, son utilizados por Putin como elementos de su estrategia para reconstruir la gran potencia que fue y como baza para tratar de igual a igual a las potencias occidentales. «Nuestras armas de paz para ganar nuestra guerra».

Medvedev, sin esperar a su investidura como presidente de Rusia, en vísperas de la cumbre de la OTAN en Bucarest (Rumania), a la que Rusia estaba oficialmente invitada, concedió una entrevista al diario *Financial Times* en la que advertía que «si Ucrania y Georgia son invitadas a entrar en la OTAN, la seguridad de Europa estará en peligro (...) ningún Estado puede estar satisfecho con una alianza militar hostil en sus fronteras, nosotros no lo estamos».

Pocos días después, el presidente estadounidense **George Bush** visitó Kiev, la capital de Ucrania y se entrevistó con el presidente ucranio **Víctor Yushenko**

en un paso más hacia la entrada de este país en la OTAN. De momento, no se trata de una invitación inmediata a entrar en la OTAN, sino a integrarse en un MAP (*Plan de Acción Miembro*) previo a su integración formal. La muchedumbre explotó en gritos de «viva Rusia» como expresión de rechazo al «cambio de campo» que para ellos representa aproximarse a la OTAN.

Con Yushenko ¿una nueva guerra fría?

A la luz de la doctrina Putin y de los hechos referidos, difícilmente puede afirmarse que la distensión pregonada en Occidente exista realmente a escala mundial. Para muchos comentaristas, la *guerra fría* ha resucitado a poco más de tres lustros de haberla sepultado. En 2009 termina el tratado ABM y, en el clima actual, es poco probable que avance en la destrucción progresiva de armas nucleares acordada por Putin y Bush en 2001.

Ante la dificultad para salir del *impasse* actual, parece que las únicas vías posibles son tres: la automoderación, la creación de polos múltiples de decisión y el fortalecimiento del Consejo de Seguridad de la ONU.

Cuando se habla de automoderación, se está planteando una situación en la que tanto los EE UU como la OTAN han de cuidar, mucho más de lo que hoy lo hacen, de exhibir su condición de triunfadores de la guerra fría y medir siempre las consecuencias de sus actos tanto ante la opinión pública como ante la administración rusa. Por ejemplo, la campaña de la OTAN en Afganistán recuerda a muchos rusos, más que una campaña antitaliban, la campaña conjunta (taliban–EE UU) contra la ocupación soviética, de la que, de algún modo, Rusia se siente heredera.

Cuando se habla de la creación de multipolos de decisión, se plantea la necesidad de que otras grandes y medianas potencias como Rusia, China, India, Japón, UE, Brasil, etc., puedan tener un voto eficaz en los organismos internacionales. Se trata de que ni una sola, ni sólo algunas, puedan imponer su criterio en función de sus intereses.

Cuando se habla del fortalecimiento y la ampliación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hay que tener presente que, a pesar de las mediaciones, vetos y mercadeos, que se dan en él, este organismo es, como los parlamentos de las democracias nacionales, la peor de las soluciones, exceptuadas todas las demás. ■